

*Huérfanos de Diana Soto Power*

Pedro VÍllora

La vida profesional de Diana Soto Power se desarrolla por numerosos lugares, en particular Quito –donde nace en 1982, destaca como bailarina de la compañía Columbia de danza contemporánea y participa en los talleres del Laboratorio Malayerba-, Hong Kong –donde estudia y es premiada como coreógrafa- y Madrid, ciudad en la que se licencia en Comunicación Audiovisual por la Universidad Complutense, se titula en Dirección de Escena y Dramaturgia por la RESAD y escribe y estrena varias obras teatrales: *Rut*, *El nuevo milenio de Innocenzo*, *Mal tiempo para los caídos...*

Es muy fácil relacionar esa vocación internacional de la autora con una obra como *Huérfanos*, que pareciera jugar a expandirse por los confines del mundo y a la vez aspirar a contenerlos todos en los límites –estrechos pero forzados- de un escenario. Sus apuntes a propósito del espacio de representación atienden a esta posibilidad al plantear datos para una puesta en escena en un teatro convencional, pero cabe suponer que ese sólo sería el mal menor en caso de no poder concretar «un escenario dantesco» situado «en el espacio de la desesperación». Los círculos infernales, aquí, abarcan cinco países distintos. Son aquellos donde han crecido Mateo Sin, Liu Fei, Antay Kuntur, Giuseppe Trocanori y Krimeo Lif, hijos de un banquero llamado Imre Galdiani cuyo espíritu vengativo lo ha llevado desde su juventud a sembrar su semilla en las tierras y regiones que no se han plegado a sus deseos de expansionismo económico.

Galdiani ocupa una caja transparente situada en el centro de un imaginario cubo en cuyos márgenes habitan sus hijos. Si estuviésemos hablando de un espacio plano, las primeras imágenes que surgirían serían las de una tela de araña donde los hijos funcionarían como las presas que servirán de alimento al depredador, o una red trufada de pescados. Pero es un espacio cúbico, y lo que parte de Galdiani son múltiples cuerdas, hilos espectrales que irradian un poder que quisiera manejar el mundo como el manipulador a su marioneta.

Redes y marionetas son personajes de *Huérfanos*. Seres sin rostro transformados en ventrílocuos y en redes de mar; hijos convertidos en sombras y en máscaras de elementos naturales: metal, tierra, aire, fuego y agua. Diana Soto teje un ceremonial que combina lo ignoto con lo transparente, la materialidad orgánica con el artificio de la empresa capitalista, la voluntad de poder con la difícil sumisión del muñeco. Plantea un

atractivo contraste de opuestos en torno a un padre que contempla a sus hijos como mercancías y una Mujer Madre que encarna a todas las mujeres que han sido engañadas por Galdiani y se han visto desasistidas e impotentes para proteger a unos jóvenes que acusan crisis de identidad y de valores.

Dice Diana Soto que Galdiani es un hombre hambriento de dinero. Su voracidad no es sexual, no encuentra placer en el acto de engendrar sino en saber que su marca ha quedado grabada como un castigo. Tiene algo de macho fatal, que trae infelicidad a sus víctimas sin por eso salir él beneficiado. Un macho envejecido, acaso desesperado al ver cómo se consumen sus días y, por tanto, las opciones de seguir atesorando ganancias de todo tipo. La referencia a Dante quizá haría suponer que el objetivo de la ceremonia es que Galdiani expíe sus pecados ante la visión del ejercicio de dolor en que se debaten sus criaturas, que haga suyos los padecimientos ajenos y que purgue sus males enjugando el llanto de los otros. Pero el desasosiego es tanto mayor cuanto que Galdiani no sólo no se arrepiente sino que tiene argumentos para juzgar y sojuzgar a quien osa enfrentársele, como si la autora esparciese sobre la sociedad globalizada y consumista una mirada pesimista: no os debatís, no os revolvéis, no os resarcís, acaso porque no os lo merecís.

La misma estructura de la pieza nos pone sobre aviso. La autora podría haber elegido una manera más didáctica; más política, por así decirlo. De hacerlo así, tendríamos la historia de un déspota que, en sus últimos días, persiste en proteger sus bienes ante el temor de que le sean arrebatados por unos hijos confabulados en su contra. Pero Diana ha preferido la alusión, el misterio, el juego y el enigma, hasta el punto de que un lector poco atento podría no atar los cabos sugeridos, sin que por eso se impidiese la percepción de la angustia y el abatimiento.

No hay que olvidar que *Huérfanos* es una obra escrita para una asignatura, Taller de Dramaturgia, que tiene algo de cierre de un ciclo formativo. En las enseñanzas artísticas hay un debate viejísimo y no resuelto acerca de su objetivo: desarrollar la técnica o nutrir el talento. Forjar alumnos competentes y virtuosos, pero tal vez impersonales, o favorecer la originalidad y la personalidad en detrimento del conocimiento aplicado. Reconozco que tengo debilidad por los alumnos diferentes. Me gusta que me sorprendan con propuestas arriesgadas, porque en la vida del dramaturgo ya hay demasiadas ocasiones en las que uno debe plegarse a intereses ajenos que se asumen con profesionalidad y disciplina. En los primeros cursos de formación el alumno debe aprender y poner en práctica las técnicas, pero la finalidad no es sobresalir

en el uso de las mismas, sino aplicarlas en la mejora de las cualidades propias. Cada alumno es único, y sus textos jamás deberían ser clónicos. Pues bien, Diana Soto Power es una alumna, para mí, modélica; que conoce las técnicas y las usa cuando le viene en gana y cuando no se las inventa; que apuesta por una escritura a salvo de rutinas y modas; que concibe las obras con exigencias escénicas e interpretativas; que aúna imagen y palabra, pero otorga el privilegio a esta última: una palabra porosa, poética, hipnótica.

El artesano aseado y correcto tiene su lugar en el teatro, por supuesto, y puede ocuparlo con menos dificultades que el artista ambicioso. Lo normal, lo más abundante, son las obras bonitas, limpias, inteligibles y perfectas, pero no es lo mismo una obra maestra que la obra de un maestro. Diana Soto Power no ha escrito todavía una obra maestra, pero tiene el coraje, la valentía y la ambición suficientes para hacerlo algún día. Aunque tampoco pasaría nada si no lo consiguiese. Aun así tiene en su mano la capacidad para desarrollar lo que muchos escritores jamás alcanzan: una voz singular. La autora de *Huérfanos* no es intercambiable -¿con quién iba a serlo?-, por eso la admiro: ni siquiera en el mundo del arte andamos sobrados de artistas.